diluye su nostalgia en la malicia del estilo, abundante en matices intencionados.

El recuerdo se precisa con acuidad de instantánea que ha guardado la imagen fugaz y el tenue perfume de aquellos días. Van desfilando las siluetas familiares, sobre el fondo perenne, y en el párrafo evocador se incrusta una frase incidental que da brillo a una faceta. Las pausas —de la lluvia, de quinqué, de las plazas— dejan correr de trecho en trecho, en esta obra de Acevedo Escobedo, sus oportunas divagaciones, con las que entreabre al lector las puertas del espíritu.

En las primeras páginas Mariano Picón-Salas, prologuista, hace signos de comprensión inteligente, y Francisco Díaz de León, en viñeta y capitulares, pone su sello distintivo, en el volumen que las prensas de Stylo imprimieron pulcramente.

FRANCISCO MONTERDE,
Universidad Nacional de México.

MADALINE WALLIS NICHOLS, *El gaucho - El cazador de ganado - El jinete - Un ideal de novela.*—Edición y prólogo de Francisco Aparicio. Traducción de Cristina Correa V. de Aparicio. Buenos Aires, Casa Editorial Peuser, 1953. 235 pp.

Verdadero triunfo del arte tipográfico es esta nueva edición —la primera en lengua castellana—, de *The Gaucho*, trabajo publicado hace una decena de años por la Duke University Press. Sus márgenes anchos, su papel fino y láminas bellas revelan el mismo esmero y buen gusto que resaltan en la elegante edición de *Fausto*, hecha por la misma casa en 1943. En cada pormenor saltan a la vista la conciencia estética de los editores y la pericia de sus artífices.

El texto de la señorita Nichols va precedido por un prólogo crítico del profesor Francisco Aparicio, renombrado antropólogo argentino, fallecido desgraciadamente antes de publicarse el tomo al cual se había dedicado con tanto ahinco. Contiene el libro, además, una advertencia de la traductora, Cristina Correa de Aparicio, una hermosísima sección iconográfica, un apéndice bibliográfico que aumenta considerablemente

la cuantiosa recopilación de las ediciones norteamericana y brasileña, * y finalmente un "Dictamen imparcial sobre los gauchos", en el que se reproducen trozos de crónicas de observadores extranjeros, así como extractos de un importante tratado socio-antropológico del bonaerense Magnanini.

La presente reseña no tiene por objeto justipreciar el trabajo original, aparecido en 1942. Las aportaciones de la doctora Nichols ya han sido avaloradas por críticos muy competentes. (Véase, en las páginas de esta misma Revista, vol. VII, N° 11 correspondiente a febrero de 1943, la del finado erudito Emilio C. Le Fort, agudo comentarista en materia de letras argentinas, cuya ausencia, como la del doctor Aparicio, será lamentada por todos sus colegas.) Aquí sólo hace falta comentar la traducción como tal, las añadiduras —las hay de mucho valor— y los aportes críticos contenidos en el prólogo.

El trabajo de la traductora deja poco o nada que desear. Extraordinariamente fiel al texto original, hasta aventaja a veces la versión inglesa, en las contadas ocasiones en que ésta cojea estilísticamente. La aparente brusquedad de la versión castellana, que carece en general del período redondeado y fluido del estilo expositivo español, deriva precisamente del apego al texto original, con su estilo incisivo y desprovisto de adornos retóricos. No hemos notado caso alguno de interpretación equivocada. Cristina Correa de Aparicio ha sabido sobreponerse a todas las contrariedades de esta clase de labor, inclusive la búsqueda de fuentes originales, a fin de restaurar al español original todos los trozos traducidos antes al inglés por la autora.

Esta edición argentina, en cierto sentido, resulta una feliz combinación de la erudición histórica y literaria de la doctora Nichols, con la antropológica y social del profesor Aparicio. A esta última se debe la inclusión de la iconografía gauchesca antes aludida, como embellecimiento, que en realidad responde al deseo del erudito argentino de hacer de *El gaucho* un instrumento eficaz para el conocimiento del tipo humano que describe; sobre todo, entre lectores fuera del ámbito rioplatense. Las láminas, tomadas de la colección de Alejo González Garaño, incluyen numerosos grabados y dibujos de León Pallière, Carlos Morel, Emeric Essex Vidal, Carlos Enrique Pelligrini, Hipólito Bacle y otros artistas y

---

* *O Gaúcho*. Traducción y prefacio de Castilhos Goycochêa. Rio de Janeiro, 1946.

aficionados que nos han dejado una crónica gráfica de la vida pampera y ante todo del gaucho: su indumentaria, sus faenas, sus aperos y sus diversiones.

A la bibliografía original de 1,431 títulos, se ha agregado un apéndice que consta de no menos de 502. Está por demás decir que esto aumenta enormemente el valor de la obra, para el investigador. No entendemos el reparo expresado por el profesor Aparicio, en lo que al sistema de clasificación se refiere, pues ni en su prólogo llegó a puntualizar los alegados defectos, ni propuso para el apéndice modificación radical. Es de esperarse que en las ediciones futuras de este libro —y no cabe duda de que las habrá— el apéndice quede incorporado al grueso de la bibliografía, para facilitar su empleo.

El "Dictamen imparcial sobre los gauchos" con que termina la nueva edición contiene, además del cuadro social pintado por Magnanini, pasajes de dos obras (las de John Mier y Hermann Burmeister) que figuran en la bibliografía original de Nichols, y por lo tanto, en la síntesis y en las conclusiones logradas por ella. Estas añadiduras, aunque sorprenden un poco en un libro que tiende a lo compendioso y sintético, desempeñan, junto con la iconografía, una función importante: la de concretar, sobre todo en el extranjero, el conocimiento del gaucho rioplatense en los distintos momentos de su plasmación.

Aplaudidos los varios y valiosos *addenda* de esta edición, no podemos pasar por alto una lamentable omisión que la hace mucho menos manejable que las anteriores. Nos referimos al índice onomástico, que aparece en la versión original así como en la traducción portuguesa. Esperamos sea restituído en las impresiones sucesivas.

Queda patente, después de lo dicho, que el profesor Aparicio poseía, como crítico, el talento loable de traer a colación todo dato capaz de iluminar el objeto de su escrutinio. De su prólogo, unas veinte páginas, se saca en limpio el hecho de que tomó muy en serio sus responsabilidades de crítico, inclinándose siempre a la declaración de verdades, o lo que le parecían verdades, por duras que fuesen. Ahora bien, el investigador que (como la señorita Nichols) se atreva a tratar temas tan ajenos a su propia cultura y tan íntimos en la psicología colectiva de otra nación corre, ineludiblemente, el riesgo de exponerse a la censura de la crítica de dicha nación que tiende a dudar de su intuición, basándose hasta cierto punto en la convicción de que el autor, por alejado y ajeno al ambiente local, no puede ser siempre capaz de deducciones acertadas.

Esta tendencia a condescender, nos parece uno de los escollos de la crítica "inter-cultural" y, la verdad sea dicha, hay asomos de ella en la apreciación del doctor Aparicio. Insiste demasiado, quizá, en la condición de extranjera de la señorita Nichols y en el hecho de que no conoce la campaña argentina ni lo que en ella sobrevive del gaucho de generaciones pasadas. Nadie duda, por cierto, de la superior intuición del argentino en estos asuntos; pero, efectivamente, ¿no hace hincapié el mismo Aparicio en la plétora de estudios hiper-intuitivos, escritos por sus compatriotas "gauchófilos" y "gauchófobos", así como en la falta de estudios rigurosamente objetivos? Sea como fuere, en vista del método de historiador empleado por Nichols y su constante interés por la plasmación del tipo humano, desde un momento en que ni siquiera existía el vocablo "gaucho" hasta su transformación en personaje literario —momentos pretéritos los dos—, no consideramos imprescindible un conocimiento de los vestigios de hogaño del tipo gaucho.

El profesor Aparicio, a nuestro parecer, incide en una discusión un tanto infructuosa, al discrepar tan enérgicamente de la tesis propuesta por la autora, relativa a la "transformación" del tipo gaucho a través de los años: gaucho cuatrero y contrabandista —guerrero de la independencia— personaje de ficción. Rechaza el antropólogo la idea de que en determinado momento el gaucho fué mirado por todos como foragido y hombre completamente fuera de la ley. En primer lugar, ni la teoría de "transformación" contiene nada de novedoso, ni la señorita Nichols la presenta como original. En las anotaciones a su bibliografía hay abundantes evidencias para creer que se trata de un lugar común entre escritores rioplatenses de categoría como Carlos Octavio Bunge, Víctor Gálvez y Juan Alvarez, para mencionar sólo unos cuantos. En apoyo de su aserto el doctor Aparicio cita a Coni, cuya investigación señala la coexistencia de gaucho y "paisano bonaerense", hombre este último que poseía toda la pericia campestre del gaucho, pero nada de su indolencia. Coni, pues, en términos más felices, confirma el distinguido hecho ya por Nichols, quien alude repetidas veces a un congénere respetable del gaucho primitivo y cuyo único error consiste en haber dado a un tipo netamente criollo el apelativo de "vaquero español". El conflicto resulta ser más bien una confusión de términos (el mismo Aparicio declara "que el vocablo 'gaucho' ha sufrido profundas modificaciones a través de los años" y que su sentido se ha ampliado) que una oposición de conceptos.

El profesor Aparicio, dándose cuenta de la dureza de su crítica, insiste en la ausencia de "malicia", y no hay que dudar de su sinceridad. Con igual sinceridad nos permitimos sugerir que algunos de sus juicios resultan tan perjudiciales, que no pueden pasar sin discutirse brevemente. Tal el aserto de que la autora no ha sabido discriminar entre lo fidedigno y lo que, según él, "está fuera de la literatura y fuera de la ciencia." Sin responder por todas las inferencias de la señorita Nichols, cabe sugerir que obras literarias sin valor estético pueden contener datos valiosos de índole histórica, social y antropológica. La misma autora declara que hay mucho de hojarasca entre los títulos incluidos en su bibliografía; ha optado por no excluirlos, no sólo por los datos que contienen sino porque su misma profusión y popularidad vierten mucha luz sobre el gusto del público y la importancia del "mester de gauchería" en la formación espiritual del rioplatense. Nos parece raro que un antropólogo, estudiante de fenómenos culturales, no haya tenido más en cuenta, además de la apreciación estética, el valor del análisis cuantitativo; sobre todo, cuando él mismo quiere subrayar "lo que tiene todo argentino de gaucho".

Nos hemos entregado a estos reparos, por no querer que una crítica demasiado severa perjudique la divulgación de una edición tan indispensable para el investigador de las letras gauchescas. Puede que *El gaucho* de la señorita Nichols no engendre todo el calor psíquico que quisiera el lector rioplatense; también es posible que contenga algún juicio errado. Pero en cuanto a estudios objetivos, metódicos y bien ordenados, representó al publicarse por vez primera un enorme adelanto sobre las investigaciones anteriores. La nueva edición argentina, con su bibliografía aumentada y las muy acertadas innovaciones del profesor Aparicio, tiene que considerarse como algo más que una simple traducción.

MARSHALL R. NASON,
Universidad de Nuevo México,
Albuquerque, N. M.

RALPH E. WARNER, *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX.*—Robredo. México, 1953. 130 pp.

La novela mexicana ha adquirido ya un valor positivo como tema de estudio en las universidades norteamericanas. A su divulgación han